



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: De la génesis de una etnia a la formación de una nacionalidad (Las verdaderas leyendas de Joaquín Murrieta)

Autor: Palazón Mayoral, María Rosa

Forma sugerida de citar: Palazón. M. R. (1996). De la génesis de una etnia a la formación de una nacionalidad (Las verdaderas leyendas de Joaquín Murrieta). *Cuadernos Americanos*, 1(55), 217-233.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 55, (enero-febrero de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# DE LA GÉNESIS DE UNA ETNIA A LA FORMACIÓN DE UNA NACIONALIDAD (LAS VERDADERAS LEYENDAS DE JOAQUÍN MURRIETA)

Por *María Rosa* PALAZÓN MAYORAL  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
FILOLÓGICAS, UNAM

*La izquierda occidental ha descubierto, por fin, el valor del arraigo en las patrias carnales y en las culturas regionales.*

Alberto Huerta, "Joaquín Murrieta y los californios"

PLANTEARÉ UNA SERIE DE PROPUESTAS acerca de la etnogénesis (nacimiento de una cultura) y de la génesis de una nacionalidad, así como algunas precisiones sobre la nacionalización voluntaria y defensiva, comparándola con la forzada y por conveniencia, partiendo de los chicanos, creadores de una formación social relativamente nueva, opuesta al actual capitalismo transnacional y a las fuertes masificaciones. Tomaré como plataforma de despegue las simbólicas y proyectivas leyendas (de *legendas*, lo digno de leerse o escucharse) de Joaquín Murrieta que nos relataron o vimos en el cine —*The Robin Hood of El Dorado*, 1936—<sup>1</sup> y en el teatro —*Fulgor y muerte de Joaquín Murrieta. Cantata de Pablo Neruda*—<sup>2</sup> o las oímos en forma de corrido. No, no hay una,

<sup>1</sup> *Joaquín Murrieta. The Robin Hood of El Dorado* de W. Noble Burns fue llevado al cine en 1936 bajo la dirección de William A. Wellman.

<sup>2</sup> "Fulgor y muerte de Joaquín Murrieta" forma parte de la *Barcarola*, de Pablo Neruda, editada en *Obras completas*, 4 ed., Buenos Aires, Losada, 1973, t. 3, pp. 129-142. Fue estrenada en Santiago de Chile al menos en 1967; en 1974, en Dresden y Buenos Aires. En México se adaptó como cantata: música, Leonardo Velázquez; coreografía, Rodolfo Reyes; dirección musical, Antonio Cortés Aráoz; dirección, Lanzilotti (Teatro Félix Azuela del IMSS, Tlatelolco, octubre de 1976. Repuesta más tarde en la Carpa Geodésica).

sino varias leyendas, diré contraviniendo las investigaciones en que se ampara el guión de cine de Manelick de la Parra Vargas,<sup>3</sup> que, después de invernar unos años, se recrean o resurgen de sus cenizas en forma de drama o novela, o biografía, o ensayo u ópera,<sup>4</sup>

<sup>3</sup> *La verdadera leyenda de Joaquín Murrieta* obtuvo el segundo lugar en el Premio Nacional de Guiones de Cine, 1985, otorgado por la Sociedad General de Escritores Mexicanos (SOGEM).

<sup>4</sup> *Obras de teatro*: Además de la citada, Antonio Acevedo Hernández, "Joaquín Murrieta, drama en seis actos", *Suplemento de Excelsior* (Santiago de Chile), I, 1 (agosto de 1936), pp. 6-30. *Música*: los corridos de Joaquín Murrieta, una canción de los Inti-Ilumani y la ópera de Cesare Silvio Claudio (estudiada por Huerta y reproducida parcialmente por él). *Dibujo* contemporáneo de Murrieta de Charles Christian Nahl y Jack Lewis; "Murrieta: trails and tribulations", pintura que sirve de portada a la revista *The Californians* de noviembre-diciembre de 1987. *Poesía*: los corridos de Murrieta, el poema épico de Joaquín Miller, *Joaquín et al.*, Oregon, S.J. Cormick, 1869 (también autor de "Californian", en *Songs of the Sierras*, Boston, Robert Brothers, 1872) y "I'm Joaquín Murrieta", composición inédita de Rodolfo González (1967, parcialmente analizado y reproducido por Huerta). *Biografías y relatos novelados*: Yellow Bird (John Rolling Ridge), *Life and adventures of Joaquín Murrieta, the celebrated Californian bandit*, San Francisco, W. B. Cook, 1854 (3a. edic. de 1871 y 4a. edic., la utilizada aquí, de 1874); Robert Hyenne, *Un bandit californien* (1862), traducido por Carlos Morla Vicuña, se editó con el prólogo "Vida y aventuras de Joaquín Murrieta", de Ricardo Donoso, Santiago de Chile, La República; se hicieron varias ediciones, nosotros consultamos la del *Suplemento de Excelsior* (Santiago de Chile), I, 1 (agosto de 1936), pp. 31-90; este autor atribuyó la nacionalidad chilena a Murrieta; Joseph F. Badger, *Joaquín, the saddle king, a romance of Murrieta's first flight*, Nueva York, Beadle's Dime Library, 1881; *Joaquín, the terrible*, misma editorial y año, y *The pirate of the placers, or Joaquín's death hunt*, mismo país y editorial, 1882; Ireneo Paz, *Vida y aventuras del célebre bandido sonorense Joaquín Murrieta. Sus grandes proezas en California*, 4a. edic., México, Ireneo Paz, 1908 (la 5a. edic. apareció en Los Ángeles y fue traducida al inglés por Frances P. Belle y editada en Chicago, 1925); Ernst Klette Wetzell, *The crimson trail of Joaquín Murrieta*, Los Ángeles, Publishing Co., 1928; Jill L. Cossley-Batt, *The last of the California's Rangers*, Nueva York y Londres, Fund and Wagnalls, 1928; la colección de artículos que sobre el tema en cuestión aparecieron en *Polize Gazette* de California en 1859 fueron reimpressos y anotados por Francis P. Farquhar, Raymond F. Wood y Charles W. Clough en *Joaquín Murrieta: the brigand chief of California; a complete history of his life from the age of sixteen to the time of his capture and death in 1853*, San Francisco, The Grabhorn Press, 1932; Walter Noble Burns, *The Robin Hood of El Dorado The saga of Joaquín Murrieta, famous outlaw of California's age of gold*, Nueva York, Coward-McCann Inc., 1932; Anónimo, "Joaquín Murrieta, el buscador de oro y de justicia", *Suplemento de Excelsior* (Santiago de Chile), I, 1 (agosto de 1936), pp. 1-2; José Donoso, "Vida y aventuras de Joaquín Murrieta", en el mismo *Suplemento* que el artículo anterior, pp. 3-5; Acígar, *Un caballero chileno, bandido de California; única y verdadera historia de Joaquín Murrieta*, Barcelona, Biblioteca Hércules, s.f.; Robert

porque “no se marchitan ni mueren. Llevan una carga mágica y misteriosa” que supera “la soberbia de la historia”.<sup>5</sup> Mucho menos existe una única tradición sobre el famoso “pillo” —héroe o villano lleno de sobredeterminaciones— que reunió una “banda” de cuarenta y ocho *outlaws* identificados, más cinco cuyos nombres fueron omitidos a petición de sus familiares,<sup>6</sup> sino que circulan fantasías, o, mejor, no-verdades, que tampoco son mentiras, porque dicen aquello que era en la imaginación y no era en el mundo físico, y que, girando en torno de ese “asaltante” “fiero como tormenta nocturna”,<sup>7</sup> se oyen en Chihuahua, Sonora, Sinaloa, Baja California y otras regiones de la frontera de México, así como en Chile y en las comunidades chicanas. Los cuenteros o relatores sitúan la(s) epopeya(s) de Murrieta en el *Far West* (aunque no siempre ahí), precisamente donde también “cuentan las abuelitas... en los porches arquitectónicos de las antiguas misiones de la Alta California”.<sup>8</sup> “Mi abuela —dice Rubén Darío Orrantía Murrieta en una entrevista por mí realizada — afirmaba que somos descendientes de Joaquín Murrieta, aunque nunca me aclaró en qué grado y por cuál rama nos viene el parentesco. Ha sido un personaje tan relevante que otro pariente lejano, que allá por Los Ángeles se metió a boxeador, se puso el nombre de Joaquín”. En el cuadrilátero cae sangre, en la Alta California “disparos afilados se agitan en el aire, / rojas navajas relucen por doquier”,<sup>9</sup> porque estas leyendas son las ficciones que han elaborado fundamentalmente los vencidos para que no los olviden: “¿Cómo sabrán los venide-

Gaillard, “Joaquín Murrieta” (libro condensado), *Contenido* (México), 162 (noviembre de 1976), pp. 112-160 (da como dato del libro Santiago de Chile, Caupolicán, 1968, pero no el autor); Frank F. Latta, *Joaquín Murrieta and his horse gangs*, Santa Cruz, Bear State Books, 1980; Boessenecker afirma que William B. Secrest es experto en Joaquín Murrieta.

<sup>5</sup> Alberto Huerta, “Mur[r]ieta el famoso: los mitos no mueren” (precedida por el texto introductorio “Algo está sucediendo” de M. Arranz Rodrigo), *Religión y Cultura* (Madrid), XXX, 146 (mayo-junio 1985), p. 311.

<sup>6</sup> Los miembros de la banda los enumera Latta en la obra citada en la nota 4.

<sup>7</sup> Poema de Miller citado por Alberto Huerta en “Joaquín Murrieta; California’s literary archetype”, *The Californians, The Magazine of California History*, V, 6 (noviembre-diciembre 1887), p. 47.

<sup>8</sup> Alberto Huerta, “Joaquín Murrieta, el fantasma de la ópera”, *Religión y Cultura* (Madrid), XXXIII, 160 (septiembre-octubre 1987), p. 514.

<sup>9</sup> Alberto Huerta, “Joaquín Murrieta, California’s literary archetype”, *op. cit.*, p. 140.

ros, / entre la niebla, la verdad desnuda? / De aquí a cien años pido, compañeros, / que cante para mí Pablo Neruda”.<sup>10</sup> Y Pablo acepta el reto porque Joaquín, defensor de la gente maltratada —nosotros— por el otro “inclemente” —vosotros, los poderosos—, merece su canto.

*Propuesta 1.* Donde hay dos o más versiones excluyentes de unos supuestos acontecimientos históricos (incluidos entre éstos los biográficos), posiblemente existe un agudo conflicto entre clases (o géneros), entre culturas (o etnias), o entre centros de control y sus periferias (división relativa que abarca desigualdades entre países y también federativas y hasta regionales) o cualquier enfrentamiento que combine tales factores.

Tal polarización se registra en los discursos que presentan a Murrieta como líder moral, rebelde, guerrillero idealista y víctima de las circunstancias. En sus escritos, Yellow Bird, Jill L. Cossley-Batt, Miller, Ireneo Paz, Walter Noble Burns, Antonio Acevedo Hernández y Pablo Neruda lo idealizaron como el buen salvaje del Oeste, el huérfano misterioso a quien nadie le hizo un cariño, el solitario, incomprendido e infeliz que fue presa del sobresalto y tuvo un “pie en la nada” porque a su hermano y a su esposa los asesinaron, el joven de humilde cuna que se expresaba en el consabido lenguaje de las novelas rosas, el joven guerrillero de faja y puñal o navaja (como el dibujo que de él hizo Nahl), el “hombre superior”,<sup>11</sup> de dieciocho a veintitrés años que, como Sandokan, el Corsario Negro, héroes románticos de Salgari y el Capitán Pirata de Espronceda, pondera la libertad y manifiesta desplantes heroicos (de adolescente) cuando, por ejemplo, aumenta números a los carteles de la recompensa ofrecida por él, y como el noble de corazón que hizo enloquecer de culpa a Bill Burns porque, pisoteando el amor amistoso, se unió a los *rangers* que atraparon al luminoso Joaquín y él, Bill, hubo de reconocer el cadáver de su amigo y decapitarlo (*El último de los Rangers de California* de Cossley-Batt). Todos los autores mencionados exaltan al buen ladrón que quitó el dinero a los ricos y avarientos y respetó a los pobres, porque ha de saberse que Murrieta fue el Robin Hood de El Dorado (título de la obra de Noble Burns), el Chucho el Roto del norte o el He-

<sup>10</sup> Pablo Neruda, *op. cit.*, p. 140.

<sup>11</sup> El primer adjetivo es de Neruda, *op. cit.*, p. 129; Antonio Acevedo, *op. cit.*, pp. 3-4 y 30.

raclio Bernal de la Alta California. Según Huerta, "en los rincones más escondidos de la Sierra Nevada y del condado de Calaveras, algunos dicen haber oído de la boca de sus abuelos... leyendas" sobre unos fuera de la ley, jefaturados por Murrieta, que cabalgan en busca de la justicia que se les negó cuando les usurparon sus tierras de Texas (*¿que Murrieta no peleó en Texas?* me pregunta uno de Matamoros, Tamaulipas), de Nuevo México, de la Alta California y de la Mesilla (de 1845 a 1853, 2.5 millones de kilómetros cuadrados dejaron de ser mexicanos). Y, lógicamente, la polarización se registra en los discursos que descalifican las anteriores ponderaciones de los "delincuentes", juzgando sus acciones como aberrantes: basándose en el trabajo de Latta y en las noticias periodísticas del *Daily Alta California* que aparecieron durante la "fiebre del oro", Boessenecker asegura que los mexicanos rebeldes fueron criminales motivados por el saqueo y el pillaje.<sup>12</sup> Según él, las cifras hablan: hubo cuarenta asesinatos en Monterey (1855 y 58), y cuarenta y cuatro en Los Ángeles. Y según él hay anécdotas que redondean; Reyes Feliz (*¿Félix?*), cuñado de Murrieta, confesó que robaron a Yreneo Corona veinte caballos, rescatados después por el indio José Zapatero. Además, continúa Boessenecker, de enero a marzo de 1853 fueron asesinados dos docenas de chinos en los condados de Calaveras y Amador.

*Propuesta 2.* Debe reconocerse la diferenciación, el pluralismo cultural como hecho fecundo y deseable.

*Propuesta 2.1.* El deseable enriquecimiento recíproco de las etnias o culturas supone como principio una comunicación que garantice la igualdad entre dialogantes, sin imposiciones de unos sobre otros.

*Propuesta 3.* Los privilegios de la dominación entre etnias han provocado choques entre ellas con otros tres resultados destacados: a) la asimilación lenta (durante dos o más generaciones) de la que resultó más débil; b) el etnocidio y (o) la autodestrucción (índice de crecimiento demográfico nulo por matanzas, drogas, enfermedades, esterilizaciones, emigración o desplazamiento, enfrenta-

<sup>12</sup> John Boessenecker, "Social banditry's righteous rebels vs. common criminals", *The Californians*, V, 6 (noviembre-diciembre 1987), pp. 36-37. Véase también de este autor "The fate of Joaquín Valenzuela", en la misma revista, p. 38. El *Daily* que cita es de San Francisco, diciembre de 1852.

mientos suicidas, deportaciones...); y c) una rebelión tal de la etnia agredida que posibilita su supervivencia.

*Propuesta 3.1.* Este tipo de rebeliones no acostumbra iniciarse voluntariamente, sino como reacción a las discriminaciones raciales, a la desigualdad, a distribuciones del trabajo entre etnias según las conveniencias del centro de poder que las explota y que monopoliza territorios, recursos, riquezas, poder y cultura.

Comenzaré ejemplificando con la tierra. Ubiquemos a Murrieta en su espacio-tiempo, pensando que se llamó Joaquín, como el fértil valle al que todavía llegan los “espaldas mojadas” o indocumentados y los documentados trabajadores eventuales, y pensando que, según dicen las consejas, sentenció que combatiría “hasta la liberación”<sup>13</sup> de las tierras mexicanas del norte, tan extensas que para determinar los límites de cada propiedad bastaba con que se fijase un mojón o se señalara un marco eventual (un árbol, una roca...).

El territorio de Texas empezamos a perderlo cuando la monarquía española autorizó su colonización por angloamericanos; en 1845 se había anexionado *motu proprio* a los Estados Unidos. Desde 1846 las tropas estadounidenses hicieron amagos de incursión en Santa Fe, Los Ángeles, San Diego, Santa Bárbara; en 1846 Fremont sorprendió la plaza de Sonoma y proclamó la independencia de California. Contemporáneamente otras tropas de los Estados Unidos nos bloquearon y desembarcaron (bajo las órdenes de Winfield Scott) en Veracruz, rumbo a la ciudad de México. El cerco y las tácticas probaban sus fines: “Madre mía Guadalupana, / échame tu bendición, / iyo ya me voy a la guerra, / ya viene la Intervención! / Con gusto daré mi sangre... / por no ver nuestra bandera / de otra nación pisoteada”.<sup>14</sup>

En abril de 1847 el Congreso de México, sospechando la connivencia de Antonio López de Santa Anna con el enemigo, y previniendo la de cualquier presidente de la misma calaña, no autorizó que el ejecutivo firmara, negociara, entrara en tratos con el enemigo o enajenara partes del territorio. El heroísmo y las medidas precautorias fueron inútiles: en febrero de 1848 los mexicanos

<sup>13</sup> Robert Gaillard, *op. cit.*, p. 146.

<sup>14</sup> “Del peligro de la intervención”, en *El corrido mexicano. Antología*, introducción y notas de Vicente T. Mendoza, México, FCE, 1974 (*Colección Popular*, 139), p. 41.



firmamos el infame armisticio, el oneroso y denigrante Tratado de Guadalupe (o de ‘‘paz, amistad y límites’’):

Si fuera una cosa justa  
lo que ellos vienen peleando;  
pero esto no puede ser,  
porque nos están robando.  
Ya la mitad del terreno  
les vendió el traidor Santa Anna,  
con lo que se ha hecho muy rica  
la nación americana.  
Qué ¿acaso no se conforman  
con el oro de las minas?  
Ustedes muy elegantes  
y aquí nosotros en ruinas.<sup>15</sup>

En este Tratado, los Estados Unidos se comprometieron a no embargar las propiedades de los mexicano-californianos; pero fueron fácil presa de los especuladores: la Ley de Tierras (1851) permitió la colonización del Oeste. Además, para arrebatar los bienes raíces a sus antiguos propietarios, los estadounidenses nombraron una comisión que exigía la declaración de bienes, entregando también documentos probatorios firmados y notarizados. Casi nadie los tenía ni conservaba los títulos de concesiones expedidas por los reyes de España, por algún gobernador estatal o por el presidente de la República Mexicana. Los ‘‘hispano-californios’’ (frase descriptiva de Alberto Huerta) fueron despojados de sus minas, de los placeres y hasta de sus casas: ‘‘mi país y yo y la Santísima Trinidad hemos sido traicionados’’, exclama el anónimo Murrieta del corrido, porque ‘‘de México es California, / porque Dios así lo quiso’’.<sup>16</sup> También la Ley Lynch ayudó a los nuevos colonos de California. Canta el grupo Inti-Illimani: ‘‘Así como hoy matan negros, / antes fueron mexicanos, / así matando chilenos, / nicaragüenses, peruanos / se desataban los gringos / con instintos inhumanos’’.

La madre tierra que nos alimenta y cobija, que tanto necesitamos, se la llevó otro, el extranjero, dejándonos huérfanos. Joaquín Murrieta canta en la ópera de Cesare Silvio Claudio: ‘‘No puedo

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>16</sup> ‘‘Corrido de Joaquín Murrieta’’, reproducido en Alberto Huerta ‘‘Mur[r]ieta el famoso: los mitos no mueren’’, *op. cit.*, p. 303.

dar un paso atrás... ¿Volver a qué? ¿Mi rancho?'.<sup>17</sup> Ahora los mexicanos del otro lado debían defenderse, 'comprende, madre, que ahora debo matar'.<sup>18</sup> 'Comprende que te arrebatan, madre-tierra y que me mataron (arrebataron) a mi madre-mujer-campesina'.<sup>19</sup> Interesante es la 'lectura' psicoanalítica que de hechos como éstos podemos realizar a partir de la tesis de Deleuze y Guattari: 'La novela familiar no se deriva de Edipo; Edipo se deriva de la novela familiar y, por ello, del campo social'.<sup>20</sup>

*Propuesta 4.* Un índice, aunque no el único y principal, de que una etnia quiere mantenerse como grupo afín —índice, por lo mismo, de un proceso de nacionalización (cf. *infra*)— es que lucha por 'su territorio' y se resiste (lo cual tiene límites) a situaciones que intentan dispersarla.

En aras de la supervivencia y de enriquecerse, la gente ha luchado por recursos como el oro durante las etapas mercantilistas. Le atribuyen a James Marshall el haberlo descubierto en California cuando se firmó el Tratado de Guadalupe. Los chilenos dicen que él y Juan Antonio Sutter, un propietario de tierras ricas en este metal, que vio desplomarse su imperio, fueron como 'semidioses'.<sup>21</sup> Sonorense, peruanos, argentinos y chilenos se dejaron seducir por esa dorada promesa de poder. Contemporáneamente el general Persifor F. Smith, conocido por su hispanofobia, decretó, desde Panamá, que sólo los norteamericanos tenían derecho de poseer y explotar las minas. La Asamblea Legislativa de California promulgó la Declaration of Foreign Trespasser en 1849 y decretó impuestos que los extranjeros no podían pagar (Foreign Miner's Tax).

El joven Joaquín y su esposa arriban a California tentados por la promesa de un metal que hipotéticamente compra el bienestar y protege a los pobres de los abusos, como si fuese un muro al que nada destruye ni corrompe: 'Ahora quiero el oro para el muro / que debe defender a tu belleza: / por ti será dorado y será duro / mi corazón como una fortaleza'.<sup>22</sup> Y Joaquín 'acecha la gloria del

<sup>17</sup> Alberto Huerta, 'Joaquín Murrieta, el fantasma de la ópera', *op. cit.*, p. 525.

<sup>18</sup> Anónimo, 'Joaquín Murrieta, el buscador de oro y justicia', *op. cit.*, p. 9.

<sup>19</sup> Pablo Neruda, *op. cit.*, p. 138.

<sup>20</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, 2a. edic., Barcelona, Barral, 1974 (*Breve Biblioteca de Reforma*, 11), p. 366.

<sup>21</sup> Antonio Acevedo, *op. cit.*, p. 7.

<sup>22</sup> Pablo Neruda, *op. cit.*, p. 133.

oro”, “hierve” con él y “olfatea la veta escondida” en las propiedades de su (medio) hermano. La vida de los gambusinos no es fácil: se acuestan cubiertos de lodo, con arena en los ojos, las manos sangrantes y la “angustia mortal de perderlo”, duermen “cuidando el tesoro” por turnos, porque donde está se vuelve una feria de aventureros, una Babel en guerra, un sitio de venganzas (Donoso nos informa que el médico inglés Tynwhite-Brooks describió de esta manera el lugar en el folleto titulado *El nuevo El Dorado en la Alta California*, Valparaíso, El Mercurio, 1848). Era sitio de despojos y crímenes impunes. Pero a los latinoamericanos pobres no les importó: tenerlo significaba el regreso a casa.<sup>23</sup>

Latta escribe que Joaquín Murrieta fue maltratado por la codicia yanqui en los placeres del oro, sitios en el condado de las Calaveras. A su medio hermano, propietario de la región, lo lincharon los norteamericanos so pretexto del robo de un caballo: “Si algún pueblo se perdiera en el desierto, no deberán adorar el becerro de oro, sino al yanqui de oro y arrogancia”.<sup>24</sup>

*Propuesta 5.* Los miembros de las etnias agredidas por otras realizan fantásticas inversiones catárticas de la historia y externalizan tendencias agresivas y ocasionalmente xenofóbicas.

Murrieta, arquetipo de los humillados, decidió su destino vengador: “Yo maté a aquellos que trataron de robar mis minas”, dice en el poema de Rodolfo González. El barítono Joaquín Murrieta canta: “Te diré lo que es justicia... fuerza, temor y violencias... Fuerza, temor y respeto en ese orden. Sí, el hombre tiene respeto sólo cuando teme”.<sup>25</sup> Hacerse temer como un vendaval de cólera que confunde victoria y venganza,<sup>26</sup> “forma de poder [que] se confunde con la violencia que se ejerce por su propio carácter absurdo, pero no se puede ejercer esa violencia más que asignándose fines y sentidos”.<sup>27</sup> Bajo el pretexto de una injusticia, se invierten las personas en las relaciones de poder, y se mantiene el mismo soporte organizativo. Lo que se manifiesta como agresión necesaria

<sup>23</sup> Las citas anteriores son, respectivamente, de Pablo Neruda, *op. cit.*, pp. 134, 135, 134, 134, 135 y 134.

<sup>24</sup> Antonio Acevedo, *op. cit.*, p. 22.

<sup>25</sup> Alberto Huerta, “Joaquín Murrieta; California’s literary archetype”, *op. cit.*, p. 50 y “Joaquín Murrieta, el fantasma de la ópera”, *op. cit.*, p. 525.

<sup>26</sup> Ambas citas son de Pablo Neruda, *op. cit.*, p. 137.

<sup>27</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *op. cit.*, p. 356.

para redimir al victimado, en realidad está motivado por el deseo de que éste ocupe el lugar del victimario: “Yo no soy americano / pero comprendo el inglés. / Yo lo aprendí con mi hermano / al derecho y al revés. / [Y] a cualquier americano / lo hago temblar a mis pies”. “Como siempre en Sonora ha habido resentimiento, resquemor, cierto odio contra los gringos, ya el hecho de que se dedicara a matarlos, lo hacía héroe”, me dijo Rubén Orrantía. En Matamoros tienen un Treviño “mata gringos”. Y “a los que [Murrieta] no mataba, les cortaba las orejas. Ese cuento yo lo oí”, añade Rubén. En la revista *The Californians* se le atribuye a Simón Pico la afición de recolectar orejas después de haberlas cercenado, y dicen que Zapata también la tuvo. Cortar partes del cuerpo es un símbolo inconsciente colectivo de castración. Joaquín también amenaza con ella: le “trazó con la punta de su navaja una gran *M* sobre la frente”.<sup>28</sup> De este su gusto de marcar con hierro candente al enemigo, como si fuera ganado, nace la leyenda del Zorro, sigue diciéndome Orrantía. Parece entonces que Joaquín Murrieta, nuestro rencoroso Douglas Fairbanks (*La marca del Zorro*, 1920), supo por adelantado que el teniente Reily, hecho prisionero en Churubusco por los invasores durante la Intervención, fue marcado en ambas mejillas con la letra *D*. En la versión de Gaillard, Joaquín no es tan sutil: castra al violador de su mujer: “Nunca más violarás a una mujer después de la operación... Se les hace a los caballos y a los toros”. Además, con la piel del gigante que lo había flagelado se mandó fabricar un “bonito par de guantes” (símbolo inconsciente colectivo de la vagina) que debieron durarle “toda la vida”.<sup>29</sup> Este macabro episodio recuerda el desollamiento que realizaron los aztecas de la hija de Achitómetl, rey de Culhuacán, el uso de la piel de la joven por un sacerdote de esa tribu y la orden de Achitómetl de exterminar a los aztecas, quienes, al huir, penetraron en México-Tenochtitlán, que acabó siendo el centro de Mesoamérica. Luego, cuando el despojador, burlado y agredido Murrieta celebró rituales de castración, trató a los norteamericanos como ganado, obtuvo una hembra sustituta (una vagina) y anunció un futuro glorioso para los humillados y linchados mexicano-californianos. Esta fuerte xenofobia es atenuada por Frank Latta: registra que Jim Mountain, yanqui, y Molinero, indio seri, fueron integrantes de la “banda” o la

<sup>28</sup> Robert Gaillard, *op. cit.*, p. 138.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 152 y 143. Para una referencia del texto azteca al que se refiere, cf. Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, dibujos de Alberto Beltrán, México, FCE, 1961.

“tropa”, según se prefiera, de Murrieta; Gaillard se recreó describiendo los amoríos de nuestro héroe-villano con la francesa María Pantaleón y la chilena Amada; Acevedo Hernández describe el enamoramiento de Joaquín y Miss Lynthon y, finalmente, en la ópera de Cesare Silvio Claudio, Murrieta le canta un aria fogosa a su amada Prescilla Stone.

*Propuesta 6.* Las convivencias en un territorio y en condiciones semejantes (de agresión, por ejemplo) de varias etnias o culturas genera la tendencia a su integración: etnogénesis.

Para mostrar este hecho recurriré a algunas de las reconstrucciones biográficas (imaginarias) de nuestro protagonista; de su estado natal, Sonora, partió Joaquín Murrieta con su esposa (Carmela Félix o Rosita o Teresa o Estrella Matutina, dependiendo del relato) hacia California: “No soy chileno ni extraño en este suelo que piso ... / y en mi sarape / traigo mi fe de bautismo”. A partir del texto de Hyenne el “notable jinete” “Murrieta” nació en Santiago de Chile, perdió a su padre a los quince años, y un amigo de su familia consiguió que le otorgaran una plaza en la escolta militar del presidente Bulnes: “¿Quién les disputa el terreno / y quién de frente los reta? / Es un bandido chileno, / es nuestro Joaquín Murrieta” les oigo decir a los Inti-Illimani. El hermano de Joaquín tenía en San Francisco una concesión de cuatro leguas de terreno; Joaquín partió hacia allá. Se detuvo en Sonora, donde se desposó con una habitante de esta zona. Neruda lo casa con una chilena. Unos norteamericanos robaron, violaron y asesinaron a Carmelita, o Rosita o Teresa o... Para unos Murrieta no presencié los hechos porque contemporáneamente a éstos era flagelado en otro sitio de Murphy's Diggins; para otros, sí; todos registran la paliza que le propinaron. Asimismo, dicen unánimemente, los invasores de la Alta California lincharon a su hermano, o medio hermano, bajo la acusación de robar una yegua. La sangrienta venganza de Murrieta lo hizo el héroe más célebre del Oeste, para los mexicanos de aquí y de allá del Río Bravo, y siguió siéndolo aún después de que los California's State Rangers, al mando del capitán Harry Love, lo emboscaron en Arroyo Cantúa y, tras matarle al caballo, lo decapitaron (Love informó que habían acabado con “Murriatta” el 25 de julio de 1853) tras una persecución de tres años, motivada, al menos de manera importante, por los cinco mil dólares de recompensa ofrecidos por la Asamblea Legislativa de California. Para unos tenía

rasgos yaquis; para otros “aunque era mexicano / parecía de sangre inglesa”;<sup>30</sup> rubio y de ojos aceitunados, dice Latta; los chilenos lo describen como moreno, de ojos negros y nariz aguileña. Y aun muerto, mantiene su poder de convocatoria: “Ahora por los caminos / galopa nuestro destino”, entona el mismo grupo chileno que he mencionado. Rubén Orrantía canta una variante del corrido: “Me he paseado en California / desde el año del cincuenta. / Yo soy aquel mexicano / de nombre Joaquín Murrieta”. Largo paseo centenario que rememoran los Charros de Madera, yendo desde el valle de San Joaquín hasta Arroyo Cantúa, el 25 de julio, supuesto día de su muerte (y celebran el 26 el día de san Joaquín).

Gente como él se llama Murrieta o Murieta y es chilena, yaqui, sonorenses, de cualquier lado de la frontera norte de México, o chicana. También es tan longeva como Matusalén y posee el don de la ubicuidad porque está donde quiera que una imaginación crea su personalidad, la re-crea, la asimila y se siente representada por ella. La fabulación de héroes obedece a una historia. En 1845 lo planteó John O’Sullivan y lo defendieron en las Cámaras John Wentworth y Henry Clay: la soberanía anglosajona, desde el Atlántico hasta el Pacífico y de norte a sur, es un “destino manifiesto”, es decir, un camino y una profecía providenciales. América fue concebida como un *melting pot*, la “olla o crisol en que todas las etnias deberían fundirse, negándose a sí mismas, para que naciera el nuevo americano”<sup>31</sup> y esto significa, entre otras cosas, que cien mil invasores aplastaran a los residentes en la Alta California. Esto es, después que el dios del nuevo centro mundial de poder habló tan claramente sobre derechos humanos y límites de fronteras, sus habitantes privilegiados ejercieron la ofensa y el despojo como ritual, siendo sus víctimas propiciatorias una revuelta de ofendidos, a saber, las etnias ab-órigenes, los mexicanos —en su gran mayoría de la frontera norte—, los gambusinos chilenos, hispanoamericanos y franceses o *kiskidís* (mote que surgió debido a su repetida pregunta: *qu’est-ce qu’il dit?* Hyenne, uno de los autores mencionado aquí, tuvo esta nacionalidad). Según Gaillard, Luis Napoleón Bonaparte instituyó una lotería —Le lingot d’or— cuyo premio fue un viaje a tierras del oro; la suerte favoreció a quienes habían mostrado tendencias libertarias (quienes en California se acomodaron

<sup>30</sup> Alberto Huerta, “Mur[r]ieta el famoso: los mitos no mueren”, *op. cit.*, p. 305; véase este mismo ensayo para los asuntos de la muerte y de la cabeza de Murrieta.

<sup>31</sup> Alberto Huerta, “Murrieta y los ‘californios’; odisea de una cultura”, *Religión y Cultura* (Madrid), XXIX 136-137 (septiembre-diciembre 1983), p. 62.

en campamentos, y excavaban de cuatro en fondo a los acordes de La Marsellesa, añade Gaillard con humor involuntario). También las culturas ab-orígenes, fundadoras u originarias y sobreexplotadas fueron despojadas de sus tierras: “Por eso el indio ha sufrido / miserias, hambre y dolor, / esperando le devuelvan / sus tierras que tanto amó”<sup>32</sup> cuando lo desplazaron hacia las reservaciones; según las estadísticas de Edwin Bryant —*What I saw in California* (1848)—, de 25 000 habitantes de la región californiana, 12 000 eran “indios” bautizados. Murrieta no permaneció impasible: “Al indio pobre y sencillo / lo defendí con fiereza”.<sup>33</sup> En la *Cantata* de Neruda el indio Rosendo Juárez le pide ayuda a Murrieta contra el blanco agresor. No es extraño, además, que el primero que dio a conocer internacionalmente las gestas de Joaquín fue Yellow Bird (John Rolling Ridge), hijo de padre norteamericano y madre cherokee (incluso hubo historiadores que negaron la existencia del héroe bandido como si fuera un fantasma urdido por la simpatía de Bird). Las etnias aborígenes y los mexicanos hispanohablantes habían convivido en las misiones: traían cosida su fe de bautismo en el sarape, según se lee en el corrido de Murrieta; pero la secularización de los bienes del clero (1833) y, sobre todo, el robo de territorios causó la pérdida de las garantías civiles y religiosas (de *re-ligare*) que los protegían.

*Propuesta 7.* Las etnias que padecen las mismas discriminaciones de clase, comparten una situación periférica y tienen cierto parentesco histórico, especialmente si pertenecen al mismo grupo etnolingüístico, pueden ser proclives a unirse, a ser las protagonistas de una etnogénesis.

No han de confundirse las fraternas relaciones temporales entre etnias con la etnogénesis: franceses y ab-orígenes fueron aliados de los mexicanos hispanohablantes (los que se desplazaron desde la frontera mexicana). No ocurrió lo mismo con los chilenos, con quienes compartían una misma situación de clase (definida aquí por su papel en la producción y antiproducción, por sus ingresos y por su lugar de inscripción en una síntesis organizativa o estado de conexiones globales y particulares oposiciones excluyentes) y una inclinación histórica orientada a futuro: después de la

<sup>32</sup> “De los oprimidos”, en *El corrido mexicano*, op. cit., p. 5.

<sup>33</sup> Alberto Huerta, “Mur[r]ieta el famoso: los mitos no mueren”, op. cit., p. 302.

Intervención, las naciones de nuestra América se supieron agredidas por las pretensiones del Destino Manifiesto, y tuvieron que defenderse juntas, no permanecer divididas en una "absurda cantidad de naciones raquíticas";<sup>34</sup> "unirse, ir hacia Bolívar, formar una sola y gran potencia que contrarreste la acción de todos los dominadores";<sup>35</sup> luego, en ese instante hubo que proclamar a los cuatro vientos: "aquí no hay nacionalidades sino combatientes de la misma causa".<sup>36</sup> ¿Qué causa? Bueno, si Estados Unidos "zarpeó a Méjico, mañana zarpeará a la América entera".<sup>37</sup> Desde este punto de vista, qué importa una *r* de más o de menos en el apellido, Joaquín es mexicano y chileno; es el "bandolero divino", califica su anónimo biógrafo, aplicando el apelativo que le dio José Santos Chocano a Pancho Villa. Después de todo, ambos combatieron a los "americanos". Los chilenos Benjamín Vicuña Mackenna, Vicente Pérez Rosales, Alberto Acevedo y Pablo Neruda protestaron por los martirios infligidos a su gente: "Todos hemos sido ofendidos por las autoridades mineras yanquis" "que todo lo quieren y todo lo tienen y todo lo maltratan"<sup>38</sup> porque como el Ku Klux Klan "encapuchados vinieron"; llegaron de noche armados: "se oía un disparo y caía un chileno" o un mexicano. Esos lugares eran una "extensa y espantosa horca" y "cuando nos ahorcan en ellos [en los árboles]—habla Tresdedos, lugarteniente de Murieta—, se mueren de risa".<sup>39</sup> Chilenos y mexicanos, en su mayoría morenos (*brown*), compartirían, asimismo, una lengua: "Qué fue de nuestra raza, credo o nombre. / Yo sólo conozco al hombre del norte que se atreve / a robarnos y saquearnos"<sup>40</sup> las tierras y el oro y la lengua y la religión y demás costumbres porque es un "culturicida" (neologismo de Huerta) o etnocida: "¡Nuestra América española debe defenderse con armas, no con lágrimas! Haced como yo, morir por

<sup>34</sup> Antonio Acevedo, *op. cit.*, p. 23.

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 20 y Pablo Neruda, *op. cit.*, p. 137; Benjamín Vicuña Mackenna, *Páginas de mi diario durante tres años de viajes: 1853-1854-1855*, Santiago de Chile, Imprenta del Ferrocarril, 1856, y Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado (1814-1860)* (1878), Buenos Aires-Santiago de Chile, Francisco de Aguirre, 1969.

<sup>39</sup> Pablo Neruda, *op. cit.*, p. 135 y Alberto Acevedo, *op. cit.*, p. 29.

<sup>40</sup> Califica Robert Hyenne, *op. cit.*, p. 41, la segunda cita es de J. Miller, reproducida por Alberto Huerta en "Joaquín Murrieta; California's literary archetype", *op. cit.*, p. 48.



ella''.<sup>41</sup> El abrazo fraterno entre oprimidos fue tan estrecho y cálido que desde entonces forman una comunidad, hoy identificada con el nombre de chicanos, que sigue asimilando a centroamericanos (*Norte*, película de 1983), a los hispanohablantes emigrados de la República Mexicana y a los individuos de Sonora, Chihuahua, Sinaloa y demás lugares de las *Chulas fronteras* (película chicana de 1977) que se mueven de uno a otro lado del Río Bravo.

*Propuesta 8.* Las etnias o desaparecen como tales o devienen nacionalidades.

*Propuesta 8.1.* La diferencia entre los conceptos de ‘etnia’—cultura—y ‘nacionalidad’ (de *natio, nationis*), la camada de animales o el grupo humano afín, es que la primera es menos opcional o voluntaria (la cultura se recibe y se posee, activa y potencialmente, y sólo en ciertas circunstancias se opta por una tradición en contra de otras) que la segunda, más identificativa. En esta segunda acepción no es definitorio de una nación la existencia de un Estado moderno.

*Propuesta 8.2.* El concepto restringido y contemporáneo de nacionalidad como resultado de un Estado que unifica mercados y homogeneiza las etnias o culturas privilegiando a su población (el centro) y a la lengua, la religión (generalmente mayoritaria) y las instituciones de ésta, en detrimento de las demás poblaciones del país, soslaya que existen etnias que han expresado activamente su voluntad de mantenerse como una organización comunitaria distinta (un nos-otros frente a los otros).

*Propuesta 9.* Las situaciones agresivas para una etnia favorecen su nacionalización, proceso que puede llamarse ‘nacionalismo defensivo’ o en etapa (más) defensiva.

*Propuesta 10.* No deben confundirse la ciudadanía y la nacionalidad. La primera puede conseguirse por conveniencia o de manera forzada; la segunda no puede imponerse por la fuerza.

La imposición que padecieron los mexicanos e hispanoamericanos, que permanecieron en los actuales estados sureños de los

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 30.

Estados Unidos de Norteamérica, fue minando sus instituciones (cf. *Letters and Across the plain* de Robert Louis Stevenson); después de la contundente sentencia (ustedes “han nacido para obedecer”)<sup>42</sup> algunos aceptaron el sometimiento, esto es, incorporarse a la nación dominante: adquirieron por conveniencia la ciudadanía norteamericana, y durante varias generaciones fueron borrando su personalidad colectiva con mórbido pesimismo. Aceptaron con resignación mórbida el racismo, las humillaciones clasistas y la agresión a sus costumbres, quizás refocilándose en ese “fuera de la ley” en que los encasillaron. En cambio otras generaciones e individuos “hispanos”, también ahora ciudadanos norteamericanos, quisieron conservar su lengua y otras instituciones de sus antepasados (*Tortilla flat* de John Steinbeck), es decir, continuaron abonando la semilla de la rebelión. “Somos lo que somos y nada lo que [los gringos] pueden cambiar”.<sup>43</sup>

Cien años después del despojo a México, en la década de los cuarenta de este siglo, se paseaba por las calles de California o de Texas un Joaquín Murrieta (paradigma social moldeable y cambiante) pachuco, iba envaselinado, con chaqueta larga y zapatos bicolors: lo(s) asesinaron impunemente en 1943 (*Zoot-Suit murders*, Thomas Sánchez). Fecha determinante, que aumentó notablemente la conciencia de nacionalidad violada de los chicanos, obligándolos a plantearse orientaciones sociales más precisas dentro de la maquinaria que los avasalla (tarea en que ha desempeñado un relevante papel el teatro campesino de Luis Valdez). No hay marcha atrás porque este Joaquín Murrieta contemporáneo es bilingüe y no se identifica con los mexicanos (Danny Santiago, *Famous all over town*), y porque las constantes migraciones de “hispanos” y aborígenes de la República Mexicana están cambiando la demografía del sur de los Estados Unidos: México empequeñece, crece Nuestra América.

*Propuesta 11.* Los miembros de las nacionalidades crean o recrean (adaptan) símbolos con qué identificarse colectivamente. Las poblaciones que viven en regiones fronterizas (marítimas y terrestres, o sea entre dos países y entre culturas), las que están sometidas a presiones desdiferenciadoras y las etnias jóvenes necesitan tales símbolos nacionales para su identificación social.

<sup>42</sup> Antonio Acevedo, *op. cit.*, p. 30.

<sup>43</sup> Alberto Huerta, “Joaquín Murrieta, el fantasma de la ópera”, *op. cit.*, p. 525.

*Propuesta 11.1* Después estos símbolos pueden ser difundidos y apoyados por los grupos de mando; pero surgen de una necesidad identificativa de las etnias en su proceso de autonacionalización.

Desde los años sesenta hemos asistido al espectáculo nacionalizador de los chicanos: negándose a perder raíces históricas, rescatan los símbolos nacionalizadores que en México se enarbolaron de los siglos XVII al XIX, especialmente en la primera mitad de este último, inmediatamente después de la Independencia. Al término de su poema sobre Joaquín Murrieta, John Miller escribe que la mujer del héroe era “la última de todos los hijos del sol”,<sup>44</sup> la hija de Moctezuma II, o “señor enojado” en alusión al sol cubierto de nubes. Asimismo, los versos de Rodolfo González (nacido en Denver, hijo de un inmigrante), “I’m Joaquín Murrieta” (1967), trazan un amplio recorrido en busca de antecedentes: este Joaquín, ciento treinta y siete años más joven que su homónimo, se autodescribe como la espada y la llama del déspota Cortés; como el águila y la serpiente del mito fundador de Tenochtitlan; como el modesto Juan Diego y la virgen de Guadalupe; como Tonanzin (la diosa madre) y como los demás dioses aztecas. Esta revoltura de símbolos estereotipados, desde la perspectiva de quienes los hemos aguantado en demagógicos discursos oficiales, es, no obstante, una forma de crear los necesarios mitos familiarizantes o (re)ligadores. Es sabido que los chicanos son una etnia de orígenes múltiples. Entonces, no proceden todos de Aztlán ni de los aztecas (que, a su vez, centralizaron avasalladoramente las etnias que hubo en las épocas prehispánicas en México), ni... Sin embargo, esta búsqueda de sus orígenes les ha permitido demandar respeto a su singularidad como nación emergente en la Unión Americana (actitud negociadora de la que carecen los “negros” allí). Y con este caso he ejemplificado la última propuesta, que se relaciona con la segunda de este ensayo:

*Propuesta 12.* No siempre los discursos familiarizantes son conservadores. Llegan a serlo cuando son impuestos con el objetivo de desdiferenciar grupos, subgrupos e individuos, la otredad con que nos enriquecemos y que beneficia a todos.

<sup>44</sup> Alberto Huerta, “Joaquín Murrieta; California’s literary archetype”, *op. cit.*, p. 47.